



Este libro nos lleva al mundo de la comunicación no verbal, de aquello que se dice sin palabras. Trata de acercarnos a esa "galaxia inexplorada" de las miradas, de los tonos del habla, las posturas, etc. Es cierto que las palabras son maravillosas e importantes. Sin embargo, cuando las utilizamos nos queda la sensación de que aún existe ante nosotros una red de mensajes que usamos y apenas "leemos". Acercarnos y descubrir parte de ese "continente" resulta apasionante: ¿por qué empleamos la sonrisa para descalificar? ¿Cómo puede ser que las palabras acepten y los ojos rechacen? ¿Qué nos cuenta el silencio? ¿Y los colores? ¿De qué nos sirven los espacios y los objetos? Con esta obra se quiere mostrar cómo es posible comunicarnos más y mejor. En ella vemos cómo se multiplican los mensajes en el ámbito de la educación (la clase, las mesas, la evaluación...), pero también nos ayuda a comprender(nos) en otros lugares como la calle, el hogar... que, al fin y al cabo, también son espacios donde nos "hablamos" y educamos. El lenguaje de estas páginas es sencillo y se refuerza con ilustraciones. No pretende proporcionar recetas, sino sugerir un viaje pleno de mensajes compartidos. José Parejo (San Fernando, Cádiz) es actualmente profesor de Filosofía en el Colegio Español de Colombia. Ha investigado este tema durante varios años, publicando artículos y dando cursos y conferencias, todo ello desde su experiencia cotidiana de enseñante. Además ha trabajado y publicado textos sobre el campo de los símbolos, la cultura y el poder, conectando el pensamiento filosófico y la psicología.

ISBN 84-493-0164-5



9 788449 301643

J. Parejo Comunicación no verbal y educación

24

Comunicación no verbal y educación

El cuerpo y la escuela



José Parejo

Papeles de Pedagogía

Paidós

ESPACIOS, GRUPOS Y MESAS
(EL CENTRO, LA CLASE...
DONDE APRENDEMOS)

Los espacios y territorios donde vivimos están cargados de sentido para nosotros. Sentirnos bien en un lugar facilita mucho todo lo que hagamos o dejemos de hacer en él. ¿Quién no ha buscado su «escondrijo» favorito cuando era pequeño? Ese lugar donde nos sentíamos a salvo de todo, o desde donde sonreíamos excitados mientras nos buscaban; lugar de recuerdos. Nuestra vida esta construida con huellas de lugares a los que cargamos de sentimientos y valoraciones. La ciudad más bella del mundo es recordada con desagrado si allí lo pasamos mal; sin embargo, un pequeño espacio donde fuimos felices tiene para nosotros toda la hermosura del mundo, aunque «oficialmente» no sea tan bonito.

Para el resto del mundo animal la importancia vital de los espacios y territorios es también de mucho peso. Motivo de luchas (jerarquías y territorios), las especies defienden sus zonas como el aire que respiran. La destrucción de zonas y ecosistemas supone la muerte de muchos seres a los que se les roba sus territorios y, por tanto, sus vidas.

Los humanos estamos destruyendo nuestros lugares de vida: adaptándolos, anulándolos con coches y naves a la vez. Sin embargo, los necesitamos para estar y sentirnos bien en ellos. Ejercerá así el espacio una importantísima función y fusión simbólicas: es un mediador que me relaciona con los demás y conmigo mismo y comienza a ser simbólico desde la misma separación del vientre materno (primer lugar gratificante).

Cada educación, cada cultura, marcará la forma de ver los espacios. Así, la cultura japonesa vivirá los territorios de una forma, la anglosajona de otra y lo mismo la brasileña o la árabe...

Cuando hablamos del espacio para un ser humano, hablamos de identidad. Aquí está el meollo de la cuestión y por eso

creo que es tan importante. Para un indio la selva forma su identidad; para el niño es exploración, juego y campo sobre el que va contruyendo esa sensación.

Freud nos hablará de la importancia y las sensaciones espaciales que nos produce la tierra, el lugar donde nacimos. Y la tragedia griega lo ha expresado muy bien: Edipo va al bosque, a la madre tierra, a morir. Por eso nos sentimos bien o mal en distintos sitios; los intuimos como acogedores o agresivos, o estimulantes o placenteros..., o al contrario.

En este capítulo vamos a conocer algunas cosas sobre este «campo» de estar, sobre cómo nos situamos en él y los mensajes que enviamos cuando lo hacemos de una forma o de otra. Cómo luchamos por nuestros rincones favoritos o cómo una clase o un salón pueden ser un potro de torturas agresivo y comprimido.

No es casual que elijamos determinadas sillas al sentarnos a la mesa, o que las elijan por nosotros. Tampoco lo es que, por ejemplo, un aula o un salón de conferencias se organice de esa manera (dos bandos: el que sabe y los que no...). Un buen y productivo mensaje podría ser que animáramos y organizáramos esos ambientes de otra forma. En ocasiones, cuando se alteran, se está modificando el tipo de comunicación, o se está pasando incluso de la incomunicación a un clima comunicativo: por ejemplo, organizar el aula para trabajar en grupo.

Se trata, además, de hacerlo lo mejor posible. Tenemos muy poca práctica en ello: por ejemplo, organizar el aula para trabajar en grupo.

El escenario donde se dé la educación marca, señala, cómo será ésta. ¿La queremos crítica, creativa, no sexista, o bien jerárquica y pasivizadora?

1. Territorios

La identidad está al timón de nuestros espacios, como aquel Robinson que descubrió exaltado las huellas y, tras seguirlas varios días, comprobó que eran las suyas. Muchos buenos viajeros han reconocido que era en «el otro lugar» donde de verdad se encontraban a sí mismos.

En muchas de nuestras ciudades se está produciendo, por ejemplo, un reencuentro con el barrio, una reivindicación de esta zona particular, frente al caos y prisas ciudadanos; o como forma de «ser alguien» dentro de barrios dormitorio iguales.

Como me parece clara y auténtica, aceptaré como referencia la división de Morris en tribal, familiar y personal.

La tribu

Hay distintos espacios tribales. A veces son espacios geográficos y a veces el espacio es más existencial, lo lleva consigo la tribu. La denominación es antigua, pero puede valer si se la acepta en un sentido amplio. Es decir, vamos a convenir en que a un país y sus fronteras lo podemos llamar así para entendernos: una tribu que tiene unas fronteras, una lengua, unas tradiciones distintas de otras, etc.

Por ejemplo, las banderas, los colores del equipo nacional. O cuando el poder utiliza los «valores de la tribu» para unirla frente al exterior (así se olvidan a veces los problemas interiores). Hay que ver la cantidad de ocasiones en que dos países han guerreado por un quitame allí unos kilómetros de territorio. Dice D. Morris que las guerras vienen cuando ya no es posible la comunicación; entonces empiezan los tiros y los bastonazos.

Asimismo tenemos a las tribus urbanas, que hoy están de total actualidad. Grupos de jóvenes (y adultos también: el fenómeno *yuppies*, como muestra), que se identifican a través de ropas, peinados... y lugares específicos o circuitos por donde desplazarse y estar.



Como en tantas películas (ahora recuerdo *Rebeldes* y *La ley de la calle*) en muchas ocasiones estos grupos defenderán celosamente sus zonas. Quien entra o sale en el grupo tiene que aceptar reglas, formas, etc. y lo mismo quien entra y sale de sus dominios.

Tal vez los educadores y padres no valoremos lo suficiente la importancia que el asunto tiene para muchos jóvenes. Caemos en la trampa de establecer —tópicos al uso— una línea generacional con la de: «Antes era mejor, o es una moda sin personalidad, bla, bla, bla».

Me parece un error. Nos perderemos bastante, y no aprenderemos de ellos. Seguramente uno de los elementos más positivos de la llamada posmodernidad sea la variedad tan enorme existente dentro de ella. Hablar de la juventud, con mayúsculas, no refleja la verdad. En ella existe una diversidad grande. Entender y respetar esas diferencias podría ser un buen comienzo. No es útil adoptar un aire superior por lo que ellos quieran mostrar y porque se organicen en torno a algunas transgresiones que no sean aceptadas por los adultos, que suelen ser reglas de oro para la afirmación de los jóvenes.

La familia y sus...

Multitud de mensajes confirman cómo esta forma de organización tiene también sus territorios. La misma publicidad está ofreciéndonos constantemente objetos familiares, dirigidos a cómo organizar la casa, el ocio e incluso la vejez (además de crear cuerpos con nombre de yogourt).

«¡Mientras yo mande en esta casa!» ¿Quién no lo oyó algunas veces? O sea, mientras sea dueño de este territorio (y en ese momento lo confirmamos golpeando la mesa...).

Pero vayamos al campo o a la playa. Observemos con curiosidad cómo los grupos familiares organizan la sombrilla, las sillas, las toallas, las tarteras; una interesante distribución de los objetos que establecen unas ciertas fronteras dentro de las cuales se organiza, se asienta y conversa la familia.

La misma organización de la casa tiene su «cosa». Se la ha llamado la tercera piel (la segunda sería el vestido y la cuarta el coche; ya lo veremos). La forma en que la organicemos nos dará distintas sensaciones.

Lo saben muy bien arquitectos y decoradores. Por señalar algo concreto, veremos cómo en la mayoría de los hogares el dormitorio, casi siempre, se instala al fondo de la casa (¿al fondo de la caverna?): más protección, más seguridad, más inti-

midad. Cuando estamos muy a gusto decimos: «Me siento como en mi casa», no importa donde sea.

Lo personal

Nos detendremos algo más, dado el interés que tiene en el cada día de cada uno. Un territorio personal es algo que todos tenemos. Si alguien lo pasa sin permiso u obligado por las circunstancias, nos sentiremos incómodos. Esa escena en el ascensor con varias personas más: mientras sube —¿qué tememos?—, miradas al techo, miradas al suelo, juego nervioso con las llaves y alivio al llegar. O cuando alguien se cruza de frente con nosotros en un pasillo estrecho: cuerpo tenso y desvío de la cara, y la mirada hacia un lado.

Flora Davis llama a esto el espacio burbuja. Un círculo mayor o menor que nos rodea, nos protege y nos da seguridad. Atención, porque aquí sí que va a tener peso la cultura en que estemos. Ya lo hemos comentado, pero vale la pena recordarlo: hay culturas de más cercanía y contacto y otras de menos de las dos cosas, lo que hará que el espacio personal, la burbuja de cada uno/a, se estreche o amplíe.

Un ejemplo de distancias medias:



Observamos dentro de lo personal tres niveles distintos:

- a) personal-íntimo: reservado a muy pocas personas;
- b) amistad-confianza: gente en la que confiamos, contactos físicos;
- c) social-público: profesiones, relaciones más distanciadas.

Respetar y no invadir el espacio en una clase es positivo. Cuando se está comprimido, saltan las agresividades, las tensiones; y notamos un clima que no favorece las cosas. O cuando, sin tocar a alguien, le invadimos su territorio, parece que esto no nos ayuda para acercarnos, sino para mandar, ordenar, etc. Cada persona necesita esa pequeña o no tan pequeña burbuja, tanto como necesita el contacto y el acercamiento: ser querido y atendido, y a la vez ser autónomo y libre. Éste es el difícil, muy difícil equilibrio.

La cafetería, los pasillos, las ventanillas, las calles, son lugares que nos ofrecen todo un campo de observación de cómo se guardan esas distancias de tranquilidad, de seguridad. Se ha calculado que en Europa Occidental esa distancia de seguridad podría tener la longitud del brazo extendido, en Europa Oriental hasta la muñeca, y en la cultura mediterránea hasta el codo, más o menos.

A veces cuando nos sentimos demasiado invadidos nos desplazamos hacia un lugar-rincón que nos proteja y nos atrinchemos allí, un lugar que no sea tan accesible a los demás.

¡Qué bien nos sentimos cuando logramos «pasar», porque necesitamos huir del exterior! D. Morris lo llamó el sistema del capullo o la crisálida.



En otras ocasiones «establecemos» ante los demás y ante nosotros mismos sitios (el sillón favorito) o bien posturas que les indican claramente que queremos aislarnos, meternos en nuestra tarea y evitar los ruidos y las interferencias exteriores.

Por supuesto que también me estoy refiriendo a las señales-barrera de las que hemos tratado en otro capítulo. Los gestos-barrera, de protección, nos están indicando: «Guarda la distancia», o «Quiero guardar la distancia porque no me siento tan seguro».

Los objetos tienen una enorme utilidad para proteger nuestro territorio. Una curiosa lista:

- El periódico por la calle.
- El libro en el tren o el café.
- Los cubiertos en la mesa.
- Los vasos en la fiesta.
- Ceniceros, llaveros, cigarrillos, en el bar.
- Folios, bolígrafos, carpetas en las clases, etc.

Se han hecho multitud de experimentos en bibliotecas y otros lugares: cuanto más personal es el objeto que dejamos en el sitio vacío, más tardará la gente en ocuparlo si no aparecemos: si hemos dejado un libro menos tiempo que si hemos dejado nuestra chaqueta en la silla.

2. Clases, salas y despachos

A veces la clase, el despacho, la habitación, son planos y esto no es positivo. Quiero decir que no son tenidos en cuenta para comunicar y la sensación de frialdad, desmotivación e incluso agresividad, es total.

Estos lugares dejan claro también cuáles son las jerarquías de poder: en qué sitios nos sentamos, qué objetos, como ya vimos, nos protegen, a qué altura estamos colocados; en fin, que al entrar en un espacio así notamos, o mejor «sentimos», toda una serie de «datos» provenientes de cómo esté organizado aquello.

¿Y las clases?

Una cuestión que debemos valorar será el color dominante en que esté pintada la clase, los distintos colores que tengamos en ella. Se ha comprobado, en multitud de ocasiones, en colegios, institutos, etc., que hay una cierta influencia del «clima cromático» en los rendimientos, en los acuerdos y en los

estados de ánimo de las personas que están y trabajan allí. Por ejemplo, un experto como Mehrabian propone esta pequeña clasificación:

- *Rojo*: excitación-estimulación.
- *Azul*: comodidad-seguridad.
- *Azul-negro*: protección-defensa.
- *Verde claro*: calma-serenidad.

La inclusión en la clase de colores suaves y algunos colores algo más fuertes, en pequeñas dosis y como estimulantes, puede ser muy positiva y nos puede proporcionar calidez a la vez que energía y ganas de hacer cosas. Desde luego, una clase de colores acogedores y no esas especies de «cajas frías» de tubos fluorescentes, mejorará aspectos de la cotidianidad en el aula (aún recuerdo con horror un centro donde trabajé y cuyos pasillos estaban repletos de azulejos, ¡cual cuarto de baño...!).

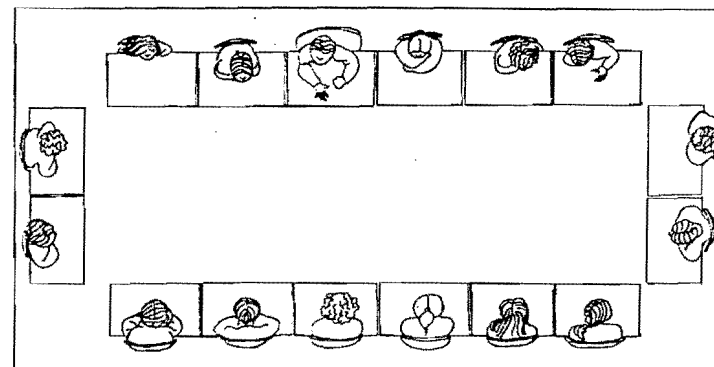
La clase y las mesas

Hay distintas formas de organizar la clase para trabajar. Como en las técnicas de trabajo (o procedimientos, como ahora se dice), no creo conveniente utilizar sólo una forma, sino más bien considerar distintas formas de sentarse en el espacio de la clase.

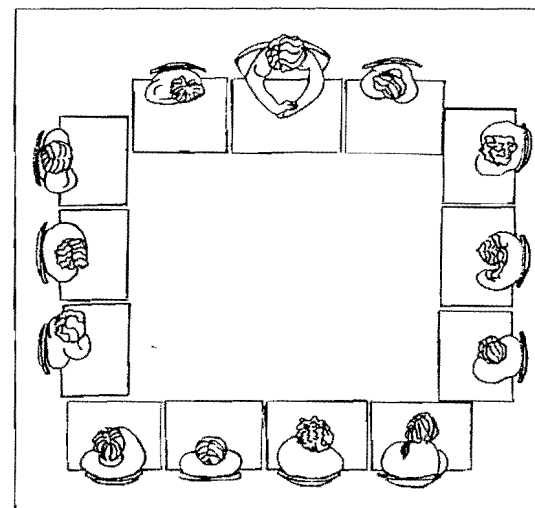
Partiremos de las distribuciones básicas, tomando como modelo los distintos tipos de mesas que hay. Dejaré de lado la organización clásica en la que el enseñante subido en su tarima-de-superioridad y con su bata-de-superioridad extiende el dedo (tiza incluida) de su sabiduría hacia la clase o hacia la pizarra.

Así pues, tenemos:

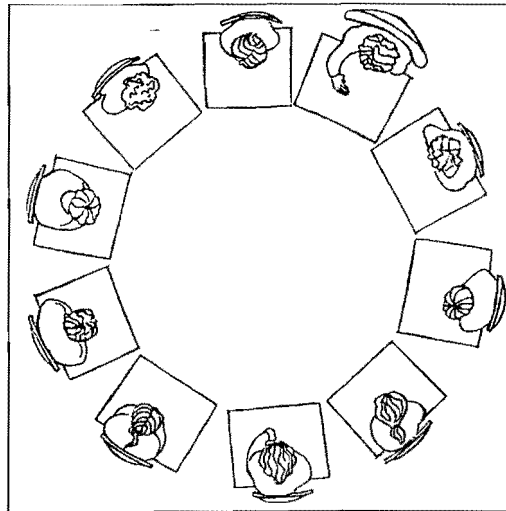
A. Organización rectangular. Es menos frontal que la clásica forma de unos enfrente de otros; las personas que estén en los extremos del rectángulo presiden la clase y, sobre todo la persona que se sienta más al fondo de la habitación está más protegida por la pared. Cuanto más cercanos a la puerta más fuera del ambiente estarán y cuanto más cerca «presiden», más metidos y más cercanos al poder («quien está junto a la puerta puede marchar en cualquier momento», se viene a decir).



B. Organización de cuadrado. Esta forma es más igualitaria y de colaboración que la anterior. Permite mayor acercamiento.



C. Organización circular. Sin duda ninguna es la manera más solidaria y cooperadora de trabajar en clase. Esta «tabla redonda» artúrica en la que se sitúa a las personas en mayor plano de igualdad, facilita, está bastante comprobado, la comunicación en un plano de mayor aceptación y mejor clima para las cosas que se propongan.



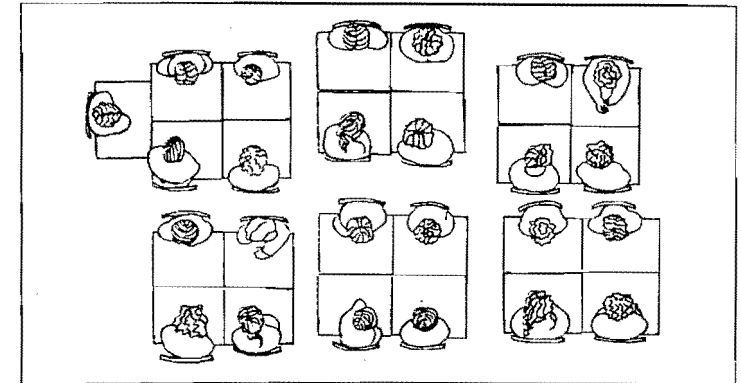
Cuando organicemos la clase así, es importante que el círculo este mínimamente «cerrado». Se cuenta en la leyenda que el rey Arturo siempre dejaba un lugar vacío con la intención de recordar a sus caballeros que cualquiera podía ser excluido si no se comportaba convenientemente. Pero hay quien dice que era para lo contrario, para señalar que se podía incluir a otra persona.

Sea como fuere, y lo digo por experiencia, esta organización circular me ha facilitado a lo largo de los años un mejor y más activo ambiente de clase. A pesar de la incomodidad de cambiar mesas, tengo que agradecer a mis alumnos/as de sucesivos cursos la paciencia y pocas quejas con que cambiaban «de otra manera» la clase (también a los profesores de los pisos de abajo, claro).

Cuando la clase no trabaja en gran grupo, sino en grupos pequeños, siempre he insistido, con más ventajas, en que estos grupos trabajaran de la manera más circular posible y no como si fueran en un autobús.

A veces se me ha planteado la duda de cuántos alumnos/as deberían sentarse por cada grupo. Es un tema que tiene distintas opciones y valoraciones. En mi práctica puedo decir que cuando el número ha pasado de 4 o 5 el trabajo se diluye y resulta todo mucho más problemático.

¿Por qué dejarnos de lado la organización clásica de la cla-

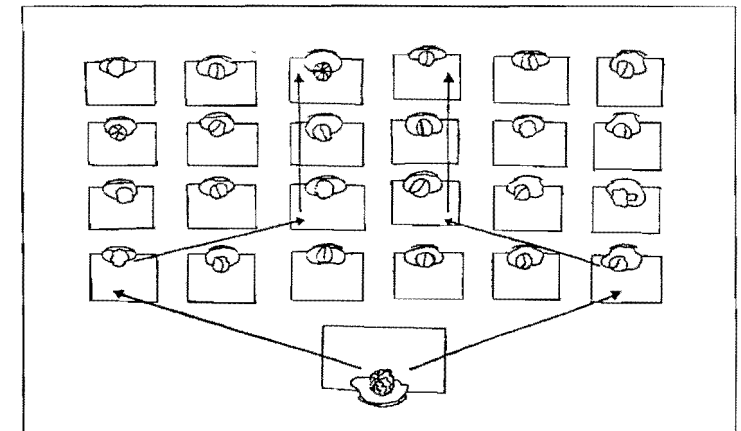


se? Ahora me gustaría exponer algunas observaciones sobre esta manera de organizarla:

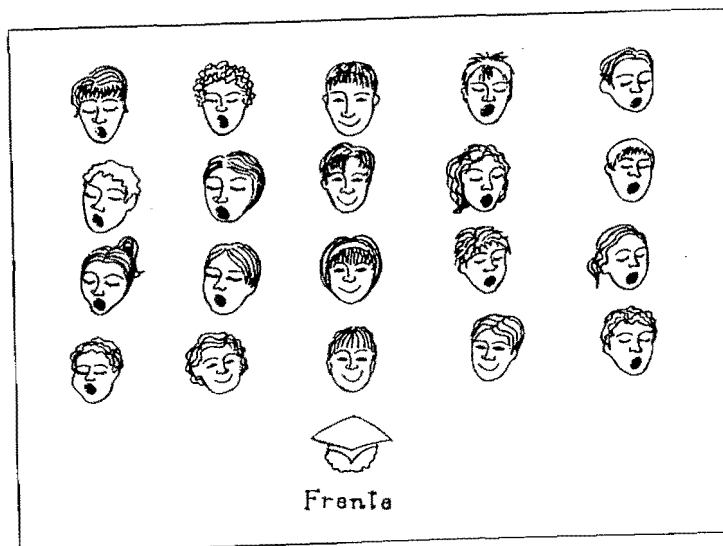
Las flechas nos indican la franja de la clase sobre la que mejor se influye y desde donde mejor se recibe lo que se está planteando. Además, como se puede observar hay zonas de la clase que quedan mucho más excluidas.

Otra cuestión que se nos plantea muchas veces es el tamaño de las clases. ¿Quién no ha vivido y vive aún en esas clases pequeñas, constreñidas y difíciles hasta para mover una mesa?

Además de la incomodidad, está constatado que la agresividad, el malestar, es una consecuencia segura. Como en otras cosas, cabe buscar el equilibrio: ni demasiado pequeña, ni demasiado grande.



En una clase organizada a la manera clásica ésta sería la zona de mayor participación, cuando se dejó que los estudiantes eligieran libremente sus lugares; las situaciones en esa zona tendieron a una mayor participación.



Tipos de comunicación que se pueden adoptar

A título de sugerencia vamos a plantear varias formas de organizarnos para trabajar y tomar decisiones.

Algunas tienen una estructura circular y otras no.

El dogmatismo es mal acompañante. En cuanto hay distintas tareas puede haber distintas formas de abordarlas. Hacerlo siempre de la misma manera trae más inconvenientes que ventajas. Tomaré como fuente la propuesta de Klaus Antons, aunque no recoge todas las que nos muestra.

Son, de manera esquemática:

a) *Circular completa.* Muy positiva.

Evita la centralidad. No suele ser estable. A veces no es tan rápida para decisiones urgentes. La satisfacción de lo que se va haciendo se reparte bastante entre todos los protagonistas del trabajo.

b) *Circular y parcial.* Es también de igualdad, pero es menos completa.

Cada uno comunica con algunos directamente y con otros indirectamente.

También es poco estable. Permite una buena corrección de errores. Y como la anterior se reparte bien; el resultado es la satisfacción y alegría por lo hecho.

c) *Cadena.* Es de círculo abierto.

Donde cada uno es central. A veces lo común es más difícil de conseguir.

Por tanto, tienen un carácter más individual. Las decisiones tardarán más, facilitando así la dispersión y la dificultad de algunas cuestiones colectivas.

d) *La Y.* Es una forma centralizada y de liderazgo.

La figura del que organiza y manda es clave y centraliza todo el trabajo. Problemas: acumulación, decisiones menos discutidas, etc.

e) *Estrella o rueda.* También toda comunicación pasa por el centro.

Quizás haya rapidez en las tareas. La participación no es tan igualitaria; ciertas personas serán más activas y otras pueden quedar muy marginadas. Las cosas se rectifican menos y la satisfacción por lo hecho se reparte menos igualitariamente.

3. «¡Formad grupos, por favor!»

Ríos de tinta corren últimamente con esa especie de talismán: la dinámica de grupos. Igual que en épocas pasadas sucedía con el matrimonio, es decir, que casarse o no casarse marcaba la línea entre lo progreso y lo carca, ahora hacer o no hacer dinámica de grupos diferencia, para algunos, a quien es moderno de quien no lo es.

Esto es falso. Lo digo porque se está creando toda una mitología sobre el asunto y lo digo porque de veras pienso que hay que quitar ceremonia y misterio en esto: «¡Ah, claro, tú haces dinámica de grupos!» El compañero o compañera te lo ha dicho como quien dice: «Ah, tú sabes hacer magia!»; «¡Tú eres el gurú!».

Acostumbrarnos a la dinámica de grupos

Hay que desmitificar un poco las actividades con grupos en clase. En absoluto quiero decir que la intuición y la espontaneidad son la única guía. No. Pero tampoco que pensemos que es tan difícil, tan técnico, tan para expertos que nunca nos lancemos al agua para aprender a nadar.

Hay una extensa bibliografía sobre el tema (no siempre buena a mi juicio). Por otro lado, este libro no trata sobre dinámica de grupos. Sin embargo, trabajar o no con dinámicas grupales —la clase ya es un gran grupo— tiene una estrecha y evidente relación con la comunicación no verbal. Dicho de otra manera: el gesto, o los gestos, y el mensaje sin palabras que supone es altamente clarificador de por dónde vamos. Nuestros centros están llenos de gestos sin palabras que van dándonos cientos, miles, de historias, de ideas. Con toda brevedad algunos ejemplos serían:

- Distinción de los espacios: pasillos, despachos, sala de profesores...
- Lugares para entrevistas a padres, alumnos...
- Decoración del centro...
- Actividades extraescolares...
- Recepción de alumnos y profesores al llegar al centro...
- Estilo de dirección del centro...

De forma que para no repetir ni meterme donde no me llaman evitaré proponer ésta o aquella dinámica. Lo que sí es cierto es lo positivo que es trabajar de forma cooperativa y solidaria. Sigamos las técnicas que sigamos, lo que favorece el apoyo mutuo, el intercambio de ideas, el respeto y la potenciación de lo diverso... favorecerá la marcha del trabajo pedagógico y hará de la clase algo distinto, alegre e interesante para profesores y para los alumnos y alumnas.

Por otro lado, quisiera resaltar ahora algunos aspectos del funcionamiento de los grupos que están más claramente en el lenguaje no verbal.

Tipos y formas de grupos

Habría que partir del hecho de que todo grupo tiene niveles que son básicos a la hora de observarlos y trabajar cotidianamente. Cuando digo grupo puede ser una clase, los grupos dentro de la clase o cualquier otro grupo de trabajo (equipo docente, equipo directivo, etc.). Asumo la clasificación de Brunet y Negro Failde en cuanto a cómo son en sus niveles los

grupos: formal e informal o de nivel intelectual y de nivel afectivo. Quiere esto decir que cuando nos agrupamos de manera formal estamos planteando cómo queremos que una cosa sea objetiva, institucionalmente, mientras que quizás el grupo sea en lo informal de otra manera. Una cosa es lo que el grupo quiere parecer y otra lo que es.

Hay que contar con las tareas, lo intelectual, los datos, las informaciones. Y como clima de toda la actividad tenemos el otro escalón más subterráneo, pero por eso no menos importante y determinante: los afectos, las relaciones, el cómo se llevan los miembros de un grupo. Esto facilitará y animará la tarea o bien la bloqueará.

Estar atentos a las actividades, a la marcha en estos frentes nos permitirá hacer de buenos coordinadores y motivadores.

Mencionaré de pasada algunos casos de interés que he ido observando en mi práctica. No es una receta; son algunas ideas que reflotan una y otra vez en el trabajo diario:

- La práctica y el equivocarse es de obligado cumplimiento. No debemos obsesionarnos tanto por los cursillos y las dudas teóricas, para empezar.
- Que los grupos sean estables y los alumnos/as asuman que son importantes y más útiles y divertidos que trabajar en solitario.
- Las primeras semanas son muy importantes: dar seguridad, participación. Animar a que vean lo interesante y práctico que es estar organizados y mantener su organización.
- Solventar los conflictos de manera positiva: no decir que se hace mal, sino que se puede mejorar, que es muy distinto.
- Animar a los grupos constantemente en todo lo que les refuerce la autonomía, su autorregulación, etc.
- Extrema atención —a veces agotadora— del profesor/a o coordinador de un grupo (sea la clase, sea un equipo de trabajo). Para mí no es llegar a la clase y verles funcionar, al contrario, estar de grupo en grupo. Objetivo: motivar sin sustituir el trabajo.

Hay algo que sí me parece enormemente educativo, y es el comportamiento y el contrastar lo que estamos haciendo, de forma regular, con otros compañeros y compañeras de la profesión.

Aplicarnos a nosotros mismos la ética del trabajo solidario, la evaluación modificadora de lo que vamos haciendo; si no, no hay manera de avanzar.

4. Sexismos y distancias

Si observamos atentamente, empezaremos a notar ciertas diferencias entre el lenguaje no verbal de los chicos y el de las chicas.

¿Por qué?

Sencillamente porque vivimos en un clima general de machismo, que tiene su proyección diaria en un sexismo notable todavía en la enseñanza. Por supuesto que algunas «cosas» han ido cambiando; pero todavía queda bastante detrás de la fachada.

Fuera de la educación nos vamos a encontrar con que la relación patriarcal, o el dominio masculino, o sea, sus valores dominantes, tienen una traducción clarísima en el cuerpo y en todos sus mensajes.

Hay gestos inequívocamente masculinos y hay gestos inequívocamente femeninos. El sentido de los primeros será, generalmente, de apertura, expansión, dominio; mientras que los segundos, los femeninos, serán de cierre, sumisión, recato a veces. Ya digo que se están produciendo cambios. Sería miope negar que desde los sesenta hacia acá se vienen dando varios acontecimientos de ruptura de roles masculinos y femeninos. Pero queda, ¡ya lo creo que queda!, mucho por hacer. Afortunadamente, la lucha de las mujeres por cambiar la situación continúa. No dudo que uno de los procesos de cambios más importantes del siglo XX seguirá dando sus frutos.

Las distancias y los espacios

Como ha señalado Charo Altable en un creativo ensayo sobre las diferencias chico/a (el sexismo) y sus mundos en la escuela, la manera de vivir los espacios es muy significativa. Y no sólo del espacio exterior, sino también del interior. Por otro lado, ambos están interrelacionados, trabados profundamente. La manera en que nos movemos por lo exterior, sus diferencias, tiene que ver con nuestro yo interior, con nuestras sensaciones, con nuestras educaciones. Y ambos territorios con la sociedad, la historia, las clases sociales en que nos movemos. Y esto, como dice Charo Altable, irá modificándose con la edad.

La escuela confirma que los chicos controlan y se mueven por lugares más grandes y, además, más verticales (los niños se suben a tapias, etc., sitios más altos), mientras que las niñas tendrán menos extensión, estarán más recluidas en sus juegos. Entonces la escuela, sin palabras, estará confirmando los mensajes sexistas.

Todo esto se irá interiorizando y dará mundos distintos; «el proyecto vital», dice Aurora García Ballesteros, diseñará espacios distintos según se eduque a unos o a otros. Y viceversa.

Aún recuerdo un pequeño pero hermoso trabajo de Carmen Martín Gaité (y otro de Virginia Woolf) donde estas escritoras hablaban de los espacios específicos de las mujeres y de la importancia que tenían. Comentaba Carmen Martín que las mujeres eran «ventaneras» porque se las había relegado al hogar y veían el mundo desde las ventanas, desde dentro hacia fuera. Y de cómo muchas mujeres han tenido que luchar no sólo por su lugar simbólico como personas, profesionales... sino también por su espacio físico. Por tener lo propio, a lo que, muchas veces, habían ido renunciando ante el hombre, que dominaba además lo exterior: lo político, lo cultural, lo social, etc.

Con qué deleite me explicaba cierta persona la emoción que sentía cuando su marido y sus hijos no estaban en la casa y se quedaba a solas en un salón agradable, a solas con sus sueños, con sus lecturas, etc. Me contaba que fue desde esos momentos cuando elaboró claramente sus deseos de cambios y de batallas liberadoras para su vida.

Recreos, clases y pasillos

Os invito a un mapa del centro educativo y de las claras diferencias que hay al «vivir» los centros de trabajo. Si desde el principio tenemos en cuenta cómo se mueven los alumnos y alumnas, tendremos algunos datos interesantes.

Fijaos en el recreo y procurad observar los grupos que están formados y sus movimientos. ¿Se agrupan los chicos aparte de las chicas? ¿A qué juegan unos y otras? Cuando lo hacen, los juegos masculinos ¿son expansivos, tienen mucho territorio? ¿Y las chicas?, ¿están en zonas más pequeñas jugando? Mirad y veréis.

Las clases son otro campo de interés. Proponed que formen grupos voluntarios para trabajar. ¿Se mezclan los sexos? Proponed distintas tareas que tengan un carácter muy distin-

to: organizar las mesas, ordenar la clase, etc. ¿Cómo hacen los grupos, quiénes se ofrecen voluntarios? No olvidemos cómo se les ha educado desde pequeños y que las mujeres están más acostumbradas a la comunicación no verbal (cuidados, relaciones con los hijos, etc.).

En más de una y en más de dos ocasiones me he descubierto a mí mismo tratando con distinto tono, con distinta actitud, el trabajo que hacen los chicos y el que hacen las chicas. Y lo he hecho verbalmente y sin palabras también. Cuidando mucho las palabras en la mayoría de las ocasiones. Pero no es por ahí por donde se me ha escapado el sexismo, ha sido más bien por lo no verbal. Por ejemplo, con actitudes paternalistas de protección a las chicas.

Observemos cómo actúan en los pasillos y tendremos también un muestrario interminable de mensajes no verbales sexistas. Cuando están ya en la preadolescencia o en la adolescencia y pasan pequeños ratos en esos pasillos del instituto, por citar un mundo concreto: bromas sexistas, pequeñas o grandes agresiones sexistas. Ni que decir del water y sus pintadas, o de los vestuarios.

¿Espacios de creatividad?

Hace poco debatía con directores de centros de enseñanza sobre qué tipo de gestos podían favorecer un buen clima en sus centros de trabajo cotidianos. Es decir, hablábamos de iniciativas que favorecieran la comunicación y el trabajo allí donde nos tenemos que ver con otros compañeros y compañeras, con los alumnos y con los padres también.

Tengo que decir que «salieron» multitud de iniciativas, algunas bastante positivas. Quisiera señalar varias, a modo de sugerencias:

- Organizar campañas contra el sexismo en el centro, que supongan planes y su revisión.
- Cambiar el estilo de trabajo en el equipo directivo: decisiones colectivas, propuestas y funcionamiento colegiado.
- Que los nuevos profesionales de educación física potencien planes de expresión corporal.
- Potenciar las actividades extraescolares que permitan la integración de todas las personas que estamos en el proceso educativo.
- Dedicar espacios físicos en el centro para el encuentro más reflexivo y más lúdico de todos.

- Medidas de integración que favorezcan las relaciones interpersonales (recibir alumnos y profesores recién llegados, comidas, etc.).
- Establecer lazos que conecten actividades culturales del barrio o de la localidad con el centro.

Las propuestas eran muchas más y de veras pienso que el colectivo de personas que forman un centro educativo puede crear bastante. No voy a ser tan ingenuo como para creer que es muy fácil y que dadas las condiciones materiales en que se desenvuelve la enseñanza esto sea un asunto de voluntad. Bastante voluntarismo hemos practicado muchos enseñantes hasta ahora.

Estoy convencido de que muchas veces lo verdaderamente importante lo aprendemos sin palabras, de que nuestro lugar de trabajo y su organización es una verdadera pantalla o altavoz que emiten un sinnúmero interminable de mensajes no verbales que los alumnos reciben (y nosotros recibimos antes), desde el momento en que entran por las puertas, o incluso desde que ven el centro desde fuera.

M. Foucault ha estudiado como nadie cuándo se produjo el «encierro» vigilado y castigante de los educadores y educados, y cómo se organiza entre los siglos XVI y XIX este proceso. Estamos entrando en un nuevo siglo y las cosas no serán fáciles. Quizá las formas de enseñar están en una gran encrucijada y se vayan a producir cambios de gran calado.

Frente a lo que R. Barho llamaba la megamáquina que todo lo iguala, parece gratificante que podamos contraponer espacios materiales y existenciales que puedan ser diversos, creativos, deseantes... lugares donde de verdad podamos aprender con placer y no como una carga repetida, plana, insufrible.